

# LA MUJER, COMO PARTIDO POLITICO

Recientemente comentábamos en estas páginas la tendencia de algunas agrupaciones femeninas a definir a la mujer como una "clase social"; ya hace años, Arnold J. Toynbee hablaba de ellas como de un grupo colonizado dentro de Occidente (o dentro del mundo) junto al de los jóvenes. Aparece ahora en Francia una nueva idea: la de crear un partido político, el partido de las mujeres. La idea ha aparecido en el curso de una reunión internacional de mujeres en París, y el tema ha estado presentado por madame De Lipowski, con unos datos y unas cifras: en Francia, las mujeres que representan el 53 por 100 del cuerpo electoral no tienen más que el 1,3 por 100 de puestos en la Asamblea; ni tienen más de 677 alcaldes en su país con 37.898; 20.624 concejales en un total de 465.000... Los partidos políticos —dice otra oradora, Claire Lecrec— sólo envían a las mujeres a la lucha electoral en los puntos donde la situación es mala y las elecciones están perdidas por adelantado. Por lo tanto, habría que crear un Partido Feminista Unificado. Un PFU que presentaría en las elecciones candidaturas compuestas exclusivamente por mujeres. En Bélgica existe ya el embrion de ese partido, y su fundadora, Nina Ariel, explica que "la lucha de clases no debe dividir a las mujeres".

Parece que también en este caso se plantea la cuestión de una manera equívoca y aberrante. Un partido femenino unificado, ¿lograría la soñada síntesis de todas las doctrinas de todas las ideologías políticas? La creación, la invención de una clase social femenina, ¿conseguiría convencer a nadie de la existencia de identidades entre una gran dama riquísima y su última pinche de cocina? Un partido político femenino, una clase social femenina, en la que se considerase al hombre en abstracto como el opresor, el poderoso y el colonizador, apelarían a la creación de un partido masculino, de una clase social masculina; igualmente, sin ningún apoyo posible en la realidad actual, ni en Occidente ni en ninguna otra de las civilizaciones en las que la mujer está en una situación de malestar. Que son, indudablemente, la mayoría.

La condición masculina es mayoritariamente detestable y es un tema literario abundante, y frecuentemente humorístico o cómico, el de la culpa que el hombre arroja sobre la mujer por su condición de consumista, por su apego a las mitologías conservadoras,

por su indiferentismo sexual o por la incapacidad cultural de compartir sus problemas exteriores; cuestiones todas ellas de las que la mujer culpa al hombre como en el famoso dictorio de Sor Juana Inés de la Cruz, "queredlas cual las hacéis o hacedlas cual las queréis". Es curioso y patético que el hombre haya visto siempre en la mujer un reflejo de los poderes establecidos —por eso en las primitivas discusiones acerca del voto femenino la izquierda lo combatía por considerar que tenía una inclinación conservadora, y la derecha lo favorecía—, al mismo tiempo que la mujer considera al hombre como un representante de la sociedad opresora que la mantiene en un continuo nivel de inferioridad.

El problema es fácilmente visible. No son sólo las cifras que en esta ocasión ha esgrimido madame De Lipowski; podrían aducirse otras muchas referidas a la empresa privada, a las Universidades, las artes, la conducción de automóviles, la desigualdad de salarios o los deportes (ejemplos tomados todos ellos de unos niveles burgueses de vida y de participación y no por casualidad, sino porque en ellos es donde se da con más frecuencia ese tipo de desigualdades), sin que ninguno de los estudios antropológicos o fisiológicos realizados encuentren ninguna razón válida. Pero el problema ha de abordarse desde esa misma raíz, desde su origen, y no valiéndose de mimetismos o mecanicismos que lo identifiquen falsamente con otros aspectos de la vida, como son los políticos o los sociales, que han de abarcar por igual a hombres y mujeres. Y que tienen un negativo valor de desviación. Hay que destruir ciertos mitos. Por ejemplo: en la prostitución, tan siniestra es la condición de la prostituta como la condición moral, sexual y hasta económica que arrastra al hombre hacia ella, y los dos son explotados por unos elementos muy definidos: hay proxeñas masculinos, pero también los hay femeninos. En ningún caso la aparición institucionalizada de unos elementos de lucha de la mujer contra el hombre, o del hombre contra la mujer, pueden considerarse como factores de progreso, los cuales deben proceder, por el contrario, de una identificación mutua de problemas y de situaciones. ■ PABLO BERBEN.

Véase en la sección de lectores la respuesta de una mujer al anterior artículo de Pablo Berben, «La locura en la mujer», publicado en el número 536 de TRIUNFO.



## Rumania, país latino, le espera en cualquier época

- Las playas doradas del Mar Negro: Mamaia, Saturn, Eforie.
- Delta del Danubio, fantástico imperio de las aguas y los pájaros.
- Turismo y alpinismo en los montes CARPATOS.
- Monasterios e iglesias, con pinturas en el exterior, de 5 siglos de antigüedad.
- Auténtico folklore, monumentos medievales y modernos.
- Curas en Balnearios.
- Tratamientos geriátricos.

### Rumania le ofrece:

- Hoteles confortables, night-clubs y casinos.
- La calidad de su cocina y sus vinos.
- Carreteras modernas y despejadas.
- Numerosas excursiones al interior del país y al extranjero.
- Rent-a-car, Carpati.
- Visado de entrada en los puntos fronterizos. Estancias a todos los precios.

Información en su Agencia de Viajes o en la Representación Consular y Comercial de la República Socialista de Rumania, Avda. Alfonso XIII, n.º 157, Madrid (16). Tels. 259 08 20 / 457 97 49